



**Juan José Vélez Otero**

## **Antología poética**

Panorama desde el ático

I

Recuerdo los naranjos y la aulaga  
del sur, las noches blancas de azahares,  
recuerdo de la tarde las campanas,  
las ebrias golondrinas, las paredes  
de gruesa cal y sombras de poniente.  
Recuerdo, desde el ático, la lluvia  
camino del colegio y las muchachas,  
de chicle las sonrisas, la anilina  
mezclada de los parques y balcones.  
Recuerdo.  
Y desde el ático ahora veo  
la gris, quieta epidermis del asfalto,

el gris, lento carruaje de las nubes  
de otoño, de noviembre, de este día  
sentado en el salón. Sobre la mesa  
la mano del recuerdo vive sola.  
La aulaga, los naranjos, la epidermis  
tan dura del asfalto, y la desidia.

### III

¿Cómo era, Dios mío, cómo era?

(J. R. Jiménez)

Magnolias en mis sábanas dejaba,  
magnolias, azahar y labios duros.  
Sus senos, de la tarde flor dormida,  
aroma de amapolas y cerezas,  
temblaban en mi boca, entre mis dedos.  
Magnolias y sabor a playa y barro,  
a sol y arena, hierba y gorriones.  
Oh, cómo retornar ya a este vacío  
la luz de la alborada por sus ojos,  
el vino de su piel y su cabello.  
Magnolias en mis sábanas dejaba,  
su cuerpo de clepsidra y su alma nueva.

### V

Si he venido a colmar de enredaderas  
la nieve de tu talle es porque tengo  
cansado el corazón de tantos siglos  
en busca del incendio de la aurora.

Hoy vengo del desorden y a la nada  
retornaré con labios florecidos,  
al yugo de la noche, a las quimeras  
del sueño y al olvido complaciente.

Yo seguiré asomado a mis balcones  
rodeado de astrolabios y de estrellas,  
de inciertos firmamentos y de mirtos  
dormidos sobre viejos ataífores.

## VII

Cuántas veces, la frente en los cristales,  
mirando caer la lluvia sobre el patio,  
pensaba —voz de cémbalos el agua—  
el niño en manantiales eviternos.  
Espectros de la tarde y de las sombras,  
de insectos y campanas, proferían  
canciones ancestrales y espejismos  
hermanos de la fábula y el sueño.  
La lluvia en la ventana y en los ojos  
la bruma vespertina de los muelles  
y hermosas procesiones de violetas.  
La vida dio carlanca a la inocencia,  
al humo incierto y bello de la aurora.  
Cuántas veces, su vaho en los cristales,  
la tarde rememora aquellos días  
y el hombre busca el alma desterrada  
clamando a las campanas del poniente.

## XI

Hay tintes de domingo, hay esencias  
de otoño ya en las tardes de este pueblo  
y hay niños invisibles en las voces  
lejanas que se escapan del silencio.  
El viento ya parece haber callado  
su acento en los alambres de los huertos.  
Qué muda soledad entre las vides,  
qué extraña languidez la de los cuerpos,  
ausente en el altar qué sola el alma,  
qué quedos los naranjos. En los suelos,  
allá, desde el balcón, hacen las sombras  
enormes abanicos de cemento.

## XVII

Ya sabes. Es tan bello este ostracismo,  
tenderme junto a ti, sentir tus dedos  
rodarme por la piel en esta alcoba  
caliente y apartada del vacío...  
Lo sabes cuando beso, cuando hiero  
tu boca con torrentes de amapolas,  
lo sabes cuando busco tu saliva  
y toco tus pezones como almendras.  
La carne hecha canela, el aire entero  
dehesas de ambarinas deliciosas.  
Lo sabes que me huelen tus cabellos  
cual huelen las higueras en septiembre,  
cual huelen los geranios en los patios  
y el aire de las huertas tras la lluvia.  
Es bello estar tendido, acostumbrado  
al musgo de las ingles delicadas,  
que sólo el tragaluz sea blanca orilla  
del mundo que ahí afuera nos pretende.

## XXIII

Jamás lo olvidaré. Por las ventanas  
veíanse las tunas y la playa  
de arenas amarillas y los barcos  
azules y las redes en el muelle.  
Veíanse a lo lejos en la bruma  
la sal, las cañas verdes, las angostas  
veredas que llevaban a las conchas,  
los altos eucaliptos de la huerta,  
el humo de los buques hacia el río  
paciente entre la niebla y las marismas.  
«La dulce boca que a gustar convida...»  
escrito en la pizarra por la mano  
del triste profesor. Aquel silencio  
de hormigas y bolígrafos baratos.  
Jamás lo olvidaré. Tenía los ojos  
del verde de los musgos en enero  
y el cuerpo despertando a la caricia  
cual nacen aguaturmas junto al río.  
Jamás lo olvidaré. Yo la miraba  
callado en el enigma de la clase,

mordiendo la emoción que engendra nubes.  
«A fugitivas sombras doy abrazos...»  
«Escrito está en mi alma vuestro gesto...»  
Petrarca, Juan Ramón, Jorge Manrique,  
Quevedo, Garcilaso, Juan de Mena...  
La magia de los versos y del tiempo  
parado en los dibujos medievales.  
Jamás lo olvidaré. Jamás la tuve,  
o sí, la tuve asida a la inocencia,  
la tuve en los poemas de las tardes  
sentado a la templanza de los sueños.  
La tuve cuando era caballero  
y torpe trovador ilusionado,  
la tuve entre las juncias de mi patio,  
en jarchas y canciones provenzales,  
cuando la vida era a nuestros ojos  
un libro sin abrir, un mar ignoto,  
«rumor de besos y batir de alas».

## XXVI

No encuentro la razón de esta tristeza  
que viene sigilosa a la ventana,  
ni entiendo que en las tardes de domingo  
se atreva sin aviso a visitarme,  
pasteles bajo el brazo, acicalada  
cual fuera un familiar. Es la presencia  
estéril de la estatua que no mira.  
Se sienta junto a mí. Ante la mesa  
las tazas de café sorbe despacio,  
las copas de licor que difuminan  
la blanca realidad en los espejos.  
Y la oigo musitar sin entenderla,  
apenas sin saber que me acompaña  
vestida de amarillo y perlas grises  
cayéndole hacia el seno perfumado.  
Me vierte la resina de su aliento  
antiguo en la redoma de las horas  
y lléneme la sala de humo dulce:  
aroma de capilla y de cadalso.  
Después me besa fría en las mejillas  
y vuelve a los cristales de la noche  
colmado de vacío los fragmentos  
de vida que conducen a la nada.

XXX

Dormidas en el ático han quedado  
la sombra del reloj en las cortinas,  
la brújula del sueño y de las nubes  
que giran sin dejar lluvia en las tejas.  
He vuelto las vasijas boca abajo  
y es blanca soledad lo que derraman  
al suelo contagiado de alas secas.  
La rosa de los vientos he tomado  
naciendo del escombros. Hay un destino  
que llama desde el mar y oigo bocinas  
silbando entre la niebla que clarea.  
Un nuevo sol desnudo se levanta  
detrás de los cristales del rocío,  
un nuevo mar de índigas espumas  
y cándidas ciudades ribereñas.  
Recuerdo los naranjos y la aulaga...  
Ya es vano recordar, que quiero olvido,  
eterno bebedizo de esperanza  
y enjambres de hojas verdes en las manos.

Ese tren que nos lleva

1

No tardes. Si no vienes la tarde es una hoguera  
de gélido cansancio, de lluvia sin sentido.  
No tardes, que los peces del mar se desorientan,  
se van las avefrías camino del otoño.

No tardes. Los jazmines despiertan de la siesta  
y vuelven a dormirse callados por la ausencia.  
No tardes, que las calles no encienden sus farolas,  
ni empiezan en los cines los sueños inventados.

No tardes, que te espero sentado en la reliquia  
cansada de mi alma antigua como el vino.

No tardes, no me abras las páginas pintadas  
de olvidos y resacas, de nieve en los espejos.

4

Siempre fuiste viajera golondrina de tardes  
que cruzaba mi calle con sus alas de libros,  
la mirada perdida y la blusa celeste  
de colegio de monjas.  
Golondrina de tardes,  
te miraba asomado por los vidrios de enero.  
Se imantaba mi pecho en aquellas ventanas  
apagadas de luces, telegramas de lluvias.

Siempre fuiste viajera y cruzabas mi calle  
hacia el blanco ciruelo y las cepas podadas,  
hacia un mundo de cañas y macetas azules  
donde estaba la casa, nido tibio de invierno.

Vino un tiempo deleble, de siluetas lejanas  
y tu casa quedó atracada al olvido  
y mecida en la niebla de los muelles borrosos.

Viene el tiempo a su cauce, mariposa invisible,  
y volviste volando sin la blusa celeste,  
sin los libros del aire y tus alas son otras.

Pero un nuevo temblor resucita en mis labios  
y aún revienta la luz en la cal de la calle  
desde donde la tarde pensativa se asoma  
al balcón de las olas repetidas de entonces.

9

Ser poeta no es una ambición mía.  
Es mi manera de estar solo.

(Alberto Caeiro)

La hueca soledad de ruinas calladas  
que se acuesta en las tapias de las casas caídas  
por el viento de siglos y las lluvias tenaces,  
la misma soledad de búcaro en invierno  
que ha llamado a mi puerta y me espera paciente,  
sabe bien que es eterna tentación en la umbría  
de los muros vencidos que ya nada resisten.  
La sorda soledad que conozco hace tiempo,  
que ha vivido conmigo en ciudades diversas,  
en diversos recintos acotados al musgo.

La soledad desnuda, de pechos prodigiosos  
y tentadora boca que llevan al olvido,  
la soledad amante, puta súbita y bella  
en los vidrios sin brillo, en el cáliz gozoso  
de abandono lascivo, ha llamado a mis huesos  
y me pide cansancio, y me ofrece un celeste  
relicario de sombras.

Soledad o clemencia,  
sucesión de los días por las aguas dormidas.

Tomaré la tristeza que me ofrecen sus pechos,  
volveré hasta el aljibe de los pájaros dulces,  
al incendio de chopos amarillos del alba.

10

Borracho de tabernas, papel y bibliotecas,  
de luces otoñales, de angustias y de brumas,  
de besos olvidados, de libros y de cines,  
me tiendo en el silencio angosto de la noche.

Borracho a cada hora de vida encandilada,  
borracho incompetente que espanta a los nacidos



del bien y del progreso, los hijos de la era  
final de nuestro siglo. Borracho. Me emborracho  
de nuevo y me repito borracho por las calles,  
borracho por las plazas, borracho por la vida  
que no tiene sentido si no es estar borracho,  
borracho por vivirla, borracho de perderla,  
borracho por sentirla borracha por la sangre.

Borracho de tabernas, papel y bibliotecas,  
orino en las aceras del tiempo que me espanta  
y sigo tan borracho que no tengo conciencia  
del sueño que me toca vivir pero borracho,  
borracho por la savia de vida que me inunda  
la piel de escalofríos: enigma de los cuerpos  
que marchan en los trenes que parten sin aviso.

14

...yo voy muerto, por la luz  
agria de las calles

(J. R. Jiménez)

Es día de difuntos, exequias de noviembre,  
me anudo la corbata y asisto al funeral  
del hombre sumergido en tumbas de ladrillos,  
del hombre sepultado que asiste a la agonía.

Cuerpos a la deriva por pasillos de insomnio  
he visto esta mañana, por las dunas de asfalto  
y jardines de hierro; ataúdes de carne  
en esquinas heladas. Muertos en las aceras,  
todavía calientes, respirando lo hueco.  
Muertos en los negocios que producen el oro  
que requiere Caronte.

Hoy he visto rebaños  
de difuntos al paso que les marca el entierro,  
sin dolor ni recelo; el espanto es de vivos

y los muertos no sienten, sólo habitan la nada.

Es día de difuntos, día exangüe de niebla,  
cementerio de vivos, columbario de ideas,  
es un día cualquiera, como tantos, vacío,  
sólo lleno de muertos, sólo lleno de muertos.

Muertos, trenes de muertos disidentes de vida,  
empañados del vaho que les ciega el cerebro.

¿La esperanza está viva? Quién nos pone los trenes  
sin cabinas ni vías, sin ventanas al viento.

Oh, necrópolis vanas, apestáis al vacío  
de las tumbas sin cuerpos. Quién nos pone los trenes...  
Olvidad la esperanza, que también dios ha muerto.

17

Se prohíbe pensar en las tardes de octubre  
frente al faro y las dunas cuando todos se han ido,  
cuando el mar se oscurece y las horas no existen,  
sólo un grato silencio de cenizas dormidas.

Se prohíbe pensar abrigado en la arena  
o mirando al temblor de las últimas olas,  
a los pájaros blancos y a las sombras del aire.  
Se prohíbe pensar, corazón, no es tu tiempo,  
ni es el tiempo preciso de gozosas mareas.

Se prohíbe pensar, sólo un tibio arrecife  
se permite crecer en la sangre parada.

Se prohíbe pensar, despertar se prohíbe,  
se prohíbe vivir como vamos muriendo.

19

A veces el mar tiene un extraño sosiego  
que las aves imitan, una incierta conciencia  
de la vida que pasa inútilmente bella,  
hermosamente vana, calladamente quieta.  
Es el mudo deseo de ser hoja en la brisa  
lo que emulan las aves. A veces el mar tiene  
una cierta tristeza que las aves imitan,  
el rotundo vacío de un poniente sin ecos  
de veranos antiguos. Es la blanca nostalgia  
de la infancia sin prisas lo que emulan las aves.  
A veces el mar tiene las ventanas abiertas  
y el batir de visillos que las aves imitan,  
un aroma de fruta otoñal y madura  
en el cesto dormido. Es el lento destino  
en espejos de agua lo que emulan las aves.  
A veces el mar tiene reflejos de mis alas.

25

Esa noche bailaron el vals de la ternura  
en la casa habitada por recuerdos y cactus,  
el vals que sólo bailan los cuerpos solitarios.  
Decoraron la mesa con flores encarnadas  
y brindaron con besos en las copas antiguas.

Bailaron esa noche un vals hasta el desmayo.  
Apagaron las luces y sólo las farolas  
testigos fueron albos detrás de las ventanas.

Se pusieron los trajes de los días de fiesta  
y bebieron la dicha de los peces del alba.  
Y mecieron sus cuerpos como tallos dormidos  
en los brazos borrachos de dulzor y diamantes.

Bailaron desde el sueño el vals de la ternura,  
tuvieron en la boca las uvas del estío.

En el patio la noche les olía a mimosas  
y tomaron la senda de la aurora de mayo  
dejando la tristeza desnuda en el armario.

Cogidos de los labios huyeron del escombros.

27

Ya lo sé. No hace falta que me escribas postales,  
ni me envíes esquejes de cristales oscuros.  
Hace tiempo que vivo con mis libros a solas  
y me invento aventuras en las islas lejanas.

Ya lo sé. Bebo mucho y redacto poemas  
que se van al olvido en cajones helados  
donde guardo la magia de las nubes de invierno  
y una bruma arenosa de veranos difusos.

Aún conservo el espejo que en las tardes me habla  
de pezones rosados y caderas fugaces.

Tengo mapas guardados de tesoros deshechos  
y las llaves del frío las escondo en el alma,  
como estas que abren el caudal de los versos  
y el espectro agotado de cenizas furtivas.

Te olvidaste un pañuelo y una blusa de encajes  
en el cuarto de baño, y una barra de labios  
me dejaste en la silla donde nadie se sienta.

Ya lo sé. No estoy solo. Tengo aún la memoria  
y una voz que dispersa sus espumas al viento,  
y unos versos ahogados en un mar de abandono,  
y unas pálidas manos que acarician mis horas.

Ya lo sé. No hace falta que me escribas postales,  
ni me envíes las fotos de los ecos de un cuerpo.  
Tengo flores de sombras en jarrones sin agua

y un sabor en la boca a cadáver hermoso.

30

Lo que un día dejaste en el agua del pozo  
has venido buscando, pero el pozo está seco  
como nube en el horno de mañana de estío.

Ahora vienes y encuentras soledad, que no es poco,  
unos pájaros sordos en los trenes del humo  
y una niebla escondida detrás de los cipreses.

Un ejército dulce de libélulas rojas  
se ha posado en las cañas del poniente morado  
anunciando la noche, cuna vieja de insectos.

Y te vas a la playa solitaria y vacía  
sin querer ser feliz, pues la dicha no es nada,  
sólo un labio fugaz que se pierde en el alba.

Lo que un día dejaste en el agua del pozo  
ahora vienes buscando, pero el pozo es un lecho  
de guijarros dormidos, de madera olvidada,  
ese tren que nos lleva por crepúsculos ciegos.

Juegos de misantropía

[Qué más quisiera]

Qué más quisiera.  
Es difícil escribir, en estos tiempos,  
de las magnolias blancas,  
de los crepúsculos de otoño,

de labios de grosella,  
manos de seda  
y cuellos de muchachas de Giorgione.

Yo qué más quisiera  
que hablar de ojos o de estrellas  
o de cabellos al viento,  
de las zarzamoras de la infancia,  
de los huecos vacíos del alma.

Qué más quisiera que escribirte un soneto  
y enviártelo en telegrama  
aunque en ello se me fuera  
el jornal del día.

Estuve haciendo cuentas  
y no me cuadraban los adjetivos  
ni los acentos obligados;  
quedaba antigua la referencia al beso.

Qué más quisiera, amor,  
que regalarte un sueño,  
que regalarte un pétalo.

[El día que me enterraron]

El día que me enterraron  
no tenía nada de especial.  
Ni llovía  
ni hacía un día florido  
de primavera dulce.  
El día que me enterraron  
tapiaron el alma  
con ladrillos gruesos  
de indiferencia y nieve.  
No recuerdo  
a qué hora me enterraron,  
ni dónde.  
Sólo  
creo tener el presentimiento  
vago

de haber notado  
aquel frío eterno en las entrañas,  
este frío intenso y paralizante  
que aún siento,  
a veces,  
cuando los vivos vienen a visitarme.

[Hoy ha amanecido pronto en el sanatorio]

Hoy ha amanecido pronto en el sanatorio  
y andamos todos locos buscando  
nuestra ración doble  
de Sinogán con leche.  
Andamos todos  
con pies desnudos de sosiego  
pisando el patio,  
la basura bella y necesaria  
de la aurora epiléptica,  
la filoxera  
dulce de la demencia.  
Ya pronto los cuidadores,  
los no contagiados,  
los elegidos  
y entendidos  
en materia de salud,  
comenzarán la asidua tarea ingrata  
de repetirnos por televisión,  
radio,  
prensa  
o circuito cerrado  
las normas escritas del manicomio,  
la guía de comportamiento  
del loco fiel,  
el manual de higiene y salud  
mental, se supone,  
que ha de regir este día.  
Hoy ha amanecido marrón apagado,  
asfixiante,  
con la mala leche de los débiles  
y el de la 215 ha vuelto a vomitar  
una iguana blanca con pendientes de silicona  
y un tetrabrik de miedo bajo el brazo.

[Este espejo del cuarto de baño]

Este espejo del cuarto de baño  
me conoce como yo mismo,  
casi me habla.  
Por las mañanas me saluda  
con sus pecas blancas de jabón  
y salpicaduras de crema dental.  
Por la noche aparta la vista  
por no ver la cara mustia y cansada,  
la de poros violentos y ojos de pescado.  
Este espejo del cuarto de baño  
conoce mis secretos íntimos  
y mi verdad oculta:  
la ansiedad precisa de los fracasos  
de los días y las noches,  
cotidianos, repetidos,  
sin solución aparente.  
A este espejo  
hace tiempo que se le pudrió  
la lámpara,  
pero me observa y saluda  
desde la sombra sorda,  
desde la eterna nada  
que florece en el silencio.

[En mi cocina vive una cucaracha roja]

En mi cocina vive una cucaracha roja.

Cuando llego por las noches  
me recibe huyendo,  
y yo, por costumbre ebrio,  
me siento en la silla de formica beige  
y le hablo dulcemente  
con voz de algodón  
y alcohol de tabernas.

Pero ella, paciente e irrespetuosa,  
espera a que se apague la luz  
para salir de nuevo,  
alevosa y nocturnal,  
a hurgar en mis cacharros,



obviándome,  
despreciando mi ternura.

Hoy he llegado a pensar  
que somos incompatibles  
y que no hay ya lugar  
para los dos  
en esta casa.

[Bésame la boca]

Bésame la boca  
con tu boca de rosas,  
con tu boca de mirtos,  
con tu boca de cáscara de naranja mandarina.  
Bésame la boca  
y ahuyenta mi tristeza de lata en la basura.  
Llévame al garaje,  
el día es frío y ando a tres pistones.  
Bésame.  
Famélico de labios me ato a la camilla  
y fumo del recuerdo.  
Bésame la boca,  
píntate los labios de carmín oscuro  
y bésame la boca  
con tu boca de cáscara de naranja mandarina.

[Fue lo único que mereció la pena]

Fue lo único que mereció la pena  
en todo el día,  
en todo el tiempo.  
Porque el tiempo  
sólo pasa cuando se cuenta  
allí estaba perdido  
en el teléfono.  
Eran blancos los minutos  
y su sombra  
se escapaba por los hilos  
que temían al silencio.

De dónde venía aquel día  
si no sabía adónde iba.  
Estaba en el mundo,  
clavado e inmóvil,  
en el mundo  
donde el amor es sólo una graffía.  
El silencio.  
Levemente descorría los visillos  
porque la boca le sabía  
a eternidad y a álgebra.  
Fue lo único que mereció la pena.  
Era gris y gelatinoso el día.  
Ochenta y dos pesetas el minuto:  
«Te amo».

## El álbum de la memoria

[Luna blanca]

Luna blanca  
en las noches de la mar,  
luz de plata  
sobre los montes de sal.

El faro,  
centella y cal,  
guiña el ojo  
a las boyas del canal.

Luna blanca,  
luz redonda del pinar.

[Me gusta cómo huele la tarde en los plumierres]

Me gusta cómo huele la tarde en los plumeros,  
la luz que desde el atrio se asoma a las ventanas  
y baña los pupitres, los mapas, los cuadernos,  
los libros de hojas gruesas y pastas ya gastadas  
por años casi eternos; son libros del hermano  
que ya pasó de clase y estudia la pisada  
historia de este pueblo. Me afligen esas letras,  
de hielo y leche, escritas en la pizarra amarga:  
son símbolos cansados de niños silenciosos,  
tan tristes como el Cristo que cuelga sobre el mapa.  
Me gustan los colores, las líneas de los ríos,  
los montes, los países que viven en el atlas.  
Me angustia lo del tiempo, lo eterno, irretornable,  
y el miedo que no entiendo por qué me aprieta el alma.

[Hoy la calle no tiene el rumor de otros días]

Hoy la calle no tiene el rumor de otros días  
ni andan niños jugando a la luz de la tarde,  
hoy la calle es un pozo de silencio en la lluvia  
y es el tiempo un balcón como espuma en el aire.

Tiene voz este invierno de semilla enterrada  
y una música oscura de reló en los cristales.

Cuervos negros se ocultan en las torres perdidas.

De la tierra mojada nace un río incesante  
de futuros recuerdos, de pretéritas noches  
y de días que irán oxidando las llaves.

[He salido del cine esta tarde de invierno]

He salido del cine esta tarde de invierno  
y el domingo bosteza.  
Un cuaderno me espera  
en la mesa apagada de mi cuarto. Soy viejo

aunque tengo diez años y me sabe a tristeza  
esta niebla en la boca, la resina del sueño.

He salido del cine caminando hacia el miedo  
de los lunes sin luz, de las lluvias con grietas,  
de las horas eternas del oscuro colegio.

(Aunque tengo diez años. Y está quieta la adelfa  
en el patio vacío de palomas y viento).

[Es una mezcla de perfume y sueño]

Es una mezcla de perfume y sueño.

Llovía por los muelles. Y los barcos  
anclados dormitaban. Era un viento  
del Sur. Sobre la arena y las espumas  
los pájaros, sombreros del invierno,  
volaban del silencio hasta las dunas.

Llovía ferozmente sobre el limo  
abisal de las tardes. Yo, en la bruma,  
viajaba por los mares de mis libros  
con London, con Stevenson, Melville...

Con John el Largo en la taberna oscura  
pasé un invierno al lado de un candil.

[Viña baja de luna, alta nube de pinos]

Viña baja de luna, alta nube de pinos,  
ofrecedme las manos desde entonces inertes,  
ofrecedme raíces contagiadas de vinos  
encantados de sueños olvidados de muertes.

Ofrecedme la niebla sobre el árbol podado,  
y la luz amarilla de la playa y la arena,  
y los higos de sangre, y el silencio olvidado  
en la esquina dormida de la calle serena.

Atended la llamada que en el eco se pierde  
como mágicas sombras en la noche indolente.  
Atended a este miedo que descansa en el verde  
remanal del cansancio y en la oscura simiente.

Ahora sueño en el viento con retazos de vida,  
preguntando a la tarde y esperando que mienta.  
¿Volverás algún día a los campos de menta  
donde habita el aroma de la infancia perdida?

## La soledad del nómada

### Primer asunto

Porque sabes que es tangible el dolor  
como lo es la música, la ausencia  
o el aire en los rincones,  
y como la oscura fiebre del desengaño  
nos hace despertar con el sudor del miedo,  
es preciso tomar el equipaje  
y marchar donde los recuerdos  
sean astros de otros cielos  
y las cicatrices viejas de los ceniceros  
no tengan el mismo color  
que los espejos de noche.  
Has dejado tres monedas  
en el platillo oscuro del oráculo  
y una jarra de vino para los espíritus  
de la conciencia.  
Sales al atardecer,  
cuando las moscas ácidas de la tristeza  
se escapan de las casas y recorren las calles  
buscando otras ventanas de luz donde posarse.  
Te llevas la esperanza bajo el brazo

y una brújula de viento y carne viva  
sin puntos cardinales.  
El viejo mapa de la desafección  
te indicará caminos nuevos  
y destinos escondidos entre las piedras yermas.  
No sé por qué te vas. Tal vez te marchas  
por declarar batalla ante la muerte,  
la muerte que nos tiene toda una vida en vilo  
cuando al fin y al cabo sólo aparece una vez.  
La vida irá pasando como el volar de las abejas.  
Si vuelves, nos traerás tu cabeza sangrante  
en una bandeja de plata.

### La soledad del nómada

La diaria trashumancia del barro,  
esta deletérea sensación humana  
de saberse nómadas del tiempo  
que nos roba la sombra, nos recuerda  
la ira de los dioses, la venganza  
por el hurto  
ancestral del fuego.

Es esto:  
caminar sin rumbo hacia el olvido,  
sortear las tumbas del deseo  
y del fracaso,  
compartir la incertidumbre  
con las tribus hermanas  
oliendo el aire y sus serpientes  
lo mismo que una loba.

Nada más solitario que el hombre  
y su condición de hombre  
fugaz y trashumante  
que pasa las tardes mirando las veletas.

Nada más solo  
que un poblador del desierto  
necesitado y áspero.

Observa, y no lo pienses,

cómo te excluyen los planetas.

Van llegando al estanque las últimas palomas  
mientras tiendes los brazos a la noche  
en atávico rito de estrellas incipientes.

Mas ya nada te salva.

No hay más remedio, tú eliges:  
Nietzsche, el alcohol, la demencia, el suicidio.

#### Carta de otoño

Hoy te escribo porque sé que estás sola  
y oyes la radio en una habitación  
sin vistas al mar y lees libros  
que leíste hace tiempo.  
Porque sientes  
como si fuera a llegar la noche de inmediato,  
la inquietud de una tarde de espera  
en la aséptica sala de un dentista.  
Hoy te escribo porque sé que estás sola

y se han roto tus sueños,  
y tus mitos murieron,  
y la tarde está fría y no hay nadie en la calle.

Y menuda miseria asumir los errores  
y los golpes al aire, el olor del fracaso,  
las arrugas del tiempo y los días perdidos.

Trazas en el espejo  
con el lápiz de labios el mapa  
trashumante de la vida y lo vuelves  
a borrar por retomar de nuevo  
el mismo camino que reiniciaste  
mil veces. Con el lápiz de labios.

Quién conoce la senda que buscaste,  
quién tiene  
en la mano la llave que perdiste,  
muchacha de vaqueros y suéter.

El mar sigue rompiendo en la orilla,  
en la misma orilla  
por donde andabas descalza  
y mirabas —pezones agraces  
y alma incendiada—  
al horizonte y la bruma.

Hoy te escribo un poema  
que tal vez nunca leas,  
que tal vez nunca llegue a tu cuarto de humo  
donde suena la radio  
esta tarde de otoño.

#### Retorno (Paréntesis)

«This used to be my playground»

Esta solía ser la calle donde jugabas,  
la calle de los murciélagos  
surgiendo en tropel de las bodegas  
cuando afinaban sus élitros  
los primeros grillos de la noche,  
la calle donde al sol, por las mañanas,  
dormían las lagartijas de las tapias.

Solía ser en esta calle  
donde ocupabas las tardes  
inmensas del verano  
entre el navazo y la playa,  
donde eran dulces las siestas y sencillas,  
largas, debajo de los árboles dorados,  
la calle espectadora de los pájaros,  
de insectos y de cal; de los visillos.



Solía ser la calle donde jugabas,  
la calle de las primeras lluvias,  
de las oscuras nubes de poniente  
y amarillas hojas otoñales.

La calle del silencio.

Después llegaba el invierno  
y podaban las moreras: la luz  
donde las ramas, sobre las piedras  
desnudas.

Cuántas veces, merienda en la mano,  
esperabas que tu padre  
regresara del trabajo  
con los primeros desmayos del crepúsculo.

Solía ser la calle donde jugabas,  
la de amigos olvidados,  
la de amigos ya turbios  
por la niebla del cronómetro,  
la calle indeleble en la memoria,  
el paladar y los ojos. La calle  
donde vuelves perdido buscando las farolas,  
a barrer con la vista las puertas del sueño,  
a llorar la distancia con tus ojos vacíos,  
a llenar de rumor ese hueco del alma.

### Tocata y fuga

Hay noches en las que el insomnio avisa  
y no te asalta el cuarto por sorpresa,  
ni te sostiene los brazos y te asedia.

Hay noches en las que el insomnio avisa  
y no se te hace la indolencia extraña  
ni el fracaso se torna repentino  
en esta soportable habitación deshabitada.

Son noches en las que no te acuestas  
y te pasas las horas a las puertas de un poema;  
deambulas por la casa y fumas  
y te asombras del silencio  
que hay detrás de las ventanas.

El latido nómada de tu voz menguada  
busca el verso exacto del cansancio  
que te permita retornar al desierto  
donde fuiste un día mercader de sueños.

Y piensas. Y se te insinúa la vida  
en la música, la luz y los cuadernos.

El alcohol de la repisa se te ofrece fácil y barato  
como una prostituta triste.  
Y amas entonces la música,  
y Ella Fitzgerald llora por ti,  
y la oyes, y estás contento  
de que alguien lllore por ti  
y de que la desolación no consiga inmutarte.

Te vengas de la vida en la pereza  
y haces inventarios de tus sueños  
en un poema nuevo  
—menos triste de lo que esperabas—  
que rompe la placenta y te abandona.

Se va,  
se va,  
se va  
y cierra la puerta  
dejándote más solo todavía.

Foto del 63

Hay una luz de claustro en esta foto,  
de soledad, de esperma  
y de locura, una luz

de tormenta de otoño  
y de colegio de fantasmas.

Hay un niño y un mapa  
y una bola del mundo  
que lleva años enteros  
girando en un cajón oscuro.

Hay una sonrisa de metal helado,  
de mercurio de termómetro difunto,  
un humo de alquimista  
sonámbulo y misericorde  
que se forja en el frío  
de los muertos en vida.

En esta fotografía  
hay cristales rotos de un sueño diezmado  
y espumas olvidadas de una playa distante.

Un suicida  
podría haber escrito en su reverso  
la despedida solemne y temblorosa  
del cansancio y la duda.

Mientras, el niño sonrío  
completamente ajeno al espejismo  
donde se iban formando en silencio  
las larvas venenosas de la nostalgia.

Mal día

Hoy, como siempre,  
puse todas las esperanzas  
en que los dioses me fueran favorables.  
Hoy que amaneció lloviendo, hoy  
sin paraguas, hoy  
que alimenté todas las ilusiones.  
Hoy que salí acicalado  
porque no volvieran a irse de fiesta sin mí.  
El presagio empezó a insinuarse, hoy,

cuando puse la radio al levantarme  
y apareció una niña cantando  
de pata negra. Hoy  
que la guerra sigue sin terminar  
y el hombre sigue amando  
el color de la sangre, la resina del odio,  
el hedor de las desdichas. Hoy  
el autobús ha pasado dos veces completo.  
Hoy la planta carnívora del deseo  
ha vuelto a morderme el corazón.  
Entré en el supermercado, hoy,  
y han vuelto a subirme el whisky.  
Hoy me siento más fracasado que nunca,  
el cartero ha pasado de largo  
y tú no piensas volver. Hoy  
paseo de nuevo solo por las calles.  
Hoy sigo defendiéndome de mí,  
de ti, de la tristeza.  
Hoy de nuevo he perdido la partida,  
y son las horas muy largas,  
y no he leído ni un verso,  
y he despistado a las musas, y tengo la sangre quieta.  
Hoy ha faltado la alumna que me gusta,  
y ha oscurecido pronto,  
y he vuelto a casa un poco triste.  
Estaba la sala sola, desnuda y fría  
y el servicio contestador de Telefónica  
me informa de que no tengo mensajes.

## Lolita

Qué estupidez a mis años  
jugando a las muñecas  
contigo. ¿Qué castigo se impondrá,  
según el Libro,  
por pecar de pensamiento  
con las hijas de los hombres?

No hay dioses que me culpen  
si sienten lo que siento.

Tengo la edad de tu padre,  
aunque no existe duda  
de que te miro con otras gafas.

Espero que no trascienda.

Cómo me gustaría desabrocharte la camisa.

Ese bullicio de hormigas en el pecho  
es el premio secreto a tu sonrisa.

Debo de estar enfermo porque me siento feliz:  
esta mañana  
me he levantado antes de lo acostumbrado  
para besar las colillas  
que ayer tarde dejaste en mi mesa.

Último asunto

Estoy cansado de haber soñado pero no cansado de soñar

(F. Pessoa)

Quema las fotos de los álbumes,  
si tienes,  
y rompe los espejos de la casa.

Cierra los armarios con sus llaves  
y tíralas al pozo del olvido.

Que tus vecinos no vean  
la luz en las ventanas,  
ni salgan mensajes de duda  
con el humo de tu chimenea.

Cámbiate a un nuevo lugar y sigue  
contemplando a tu vez la diferencia  
entre el hombre y su sueño de más vida.

Volverás tranquilo y solo  
a pasear por las calles extrañas,  
pues no te habrá de delatar  
tu rostro turbio de actor secundario.

Las puertas a escena  
pocas veces se abren.

Deshazte para siempre del guión  
y exhibe en la bandeja tu cabeza sangrante.

Lo que pudo ser no ha sido.

El sonido de la rueca

[Ahogado en soledad, duela de olvido]

Ahogado en soledad, duela de olvido,  
ujier del abandono, día a día  
frecuento el lupanar de la poesía.  
Y sueño, no descanso, lucho, pido

la luz; viene la sombra, el alarido  
nielado, sin cesar la lluvia fría,  
la noche viene negra, la agonía  
de amar la aurora azul y estar perdido.

Enferma, la razón quiere dejarla,  
mas llama a la pasión, tierna rabiza,  
y muero por morderla y por besarla.

Se escapa por la sangre y descuartiza  
con saña el corazón, que por amarla,  
la toma por hetaira y por nodriza.

[¿Adónde van los sueños, la sonrisa...?]

Y yo me iré. Y se quedarán los pájaros  
cantando...

(J. R. Jiménez)

¿Adónde van los sueños, la sonrisa,  
adónde la ilusión, dónde los años,  
adónde la pasión, la voz, los caños  
de luz y de color van tan deprisa?

¿Por qué la ola abrupta se hace lisa  
y empiezo ya a contarme los peldaños  
del tiempo y desempolvo los antaños  
que ordeno como un viejo en la repisa?

Agarro con la voz y con los dientes,  
agarro como un loco agonizando  
los prados de mi tiempo y las corrientes.

Cualquiera que me oiga: estoy bramando,  
mañana seré polvo entre vivientes.  
Se quedarán los pájaros cantando.

[Disfruta, sí, los zumos de Sileno]

Disfruta, sí, los zumos de Sileno,  
la miel sabrosa y dulce de Aristeo,  
no duermas mientras dure el apogeo  
de címbalos y flautas sobre el heno.

Oh, goza de la ménade su seno,  
da mano, sí, ¡evohé!, libre al deseo,  
que el vino, ciegas aguas del Leteo,  
arrastren la conciencia al negro cieno.

Oh, bebe de la vid gozosa fuente,  
oh, liba sin cesar del vientre nuevo,  
oh, brinca con la ninfa en la corriente.

Y piensa que si hoy eres efebo,  
los días pasarán severamente;  
mañana dormirás en el Erebo.

[Yo muero en ti al morderte la madura]

Yo muero en ti al morderte la madura  
granada de la boca, la amapola  
del labio y al sorber de su corola  
el jugo de uva tierna y lengua dura.

Yo muero, amor, y muero en la textura  
de fruta verde, pluma y caracola.  
De azúcar, de almorí, de pulpa sola  
la carne de tu flor caliente, oscura.

La carne de tu flor, la sangre ardiente  
que suena por tus labios como un río  
crecido por la lluvia de repente.

Yo muero, amor, y muero en la corriente  
sin límites del beso, en el rocío  
inquieto que rezuma de tu frente.

[Al hombre que me mira en el espejo]



Al hombre que me mira en el espejo  
apenas lo conozco, es un extraño  
que vive junto a mí y año tras año  
conmigo lentamente se hace viejo.

El rostro que me mira es fiel reflejo  
del otro sorprendido por el daño  
del tiempo que en cautela fluye a caño  
dejando su ira atroz en el pellejo.

La misma soledad, el mismo hastío,  
el mismo batallar por estar vivo,  
la misma sinrazón y el mismo frío

llevamos a la mar en nuestro río,  
perpetuo celador, gregal esquivo,  
extraño del espejo, hermano mío.

[Os miro y viene el humo de la infancia]

Algún día  
se pondrá el tiempo amarillo  
sobre mi fotografía.

(Miguel Hernández)

Os miro y viene el humo de la infancia  
opaco y amarillo a mi cabeza  
expuesta del otoño a la tristeza.  
Os miro en esta foto quieta y rancia,

Jacinto, Luis, Manuel, Jesús, fragancia  
de tinta y borrador. Con qué presteza  
el tiempo, sueño ayer, hoy despereza  
su voz de líquen negro en la distancia.

¿Quién pudo aquí amarrar el tiempo al nudo

escueto del papel y la memoria?  
Quien pudo sostener el tiempo pudo

parar en luz de ayer la lenta noria  
de olvido y soledad, de llanto mudo,  
de efímero soñar y vana historia.

[¿Te acuerdas de aquel sol, de aquel venero...?]

Mais non, —ma jeunesse est finie...  
Adieu, doux rayon qui m'as lui,—  
Parfum, jeune fille, harmonie...  
Le bonheur passait, —il a fui!

(Gerard de Nerval)

¿Te acuerdas de aquel sol, de aquel venero  
de paz, de aquella infancia vigilada  
espléndida de mar —por la mirada  
dulcísima del aire del estero?

¿Recuerdas hoy, María, el avispero  
del pecho y de la boca avergonzada  
del beso, la caricia inmaculada  
del trigo de tu pelo, mies y albero?

He visto pasear contigo a solas,  
sin rumbo ya, el fantasma aniquilado  
del tiempo. A tus oídos caracolas

buscando aquellos días has llevado.  
No es ya la misma voz la de las olas  
ni el mismo aquel rumor de tu pasado.

[Quiero vivir, vivir, estar despierto]

Quiero vivir, vivir, estar despierto  
al mar, al cielo azul, a las caderas,  
al labio. Festejar las primaveras  
quiero. Vivir, vivir y no estar muerto.

Quiero vivir, vivir, notarme cierto,  
amar, alzar la voz a las esferas,  
que dejen su telar las Hilanderas,  
danzar de sol a sol, de puerto en puerto.

Yo siento digerir la luz ardiendo  
mi alegre corazón y con los dientes  
devoro este festín de estar viviendo.

Quiero vivir, vivir, sentir valientes  
los golpes de mi sangre repitiendo  
trompetas de clamor por todas fuentes.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la  
[Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace. www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

